

Ángeles se había resignado á privarse de la comunión. Pues bien: en el momento mismo en que comulgaban sus hermanas, se le apareció Jesús todo radiante de luz, y le dijo que, puesto que ella se mantenía lejos de Él por respeto, Él venía á ella por amor, y que la quería toda suya como Él era todo de ella: en seguida la estrechó contra su divino Corazón y la embriagó de una alegría desconocida en la tierra. En su última enfermedad decía: «Mi vida ha sido abreviada con la satisfacción de la obediencia; he pedido con tanta instancia esta gracia al Corazón de Jesús, que me le ha concedido: ¡tan bueno es!» Como le suplicara una de sus hermanas que no pidiera más sufrimientos en vista de que sufría tanto: «¡Sufrir! ¡sufrir! replicó la enferma; ¡oh hija mía! si conocieras el tesoro escondido que encierra el sufrimiento!» Se durmió en el ósculo del divino Esposo hacia fines de 1717, á la edad de cincuenta y siete años.

## OCTUBRE.

### *El Corazón afligido de Jesús, asilo de las almas tentadas*

**A** qué combates interiores no quiso someterse el Corazón de Jesús en el Huerto de los Olivos? Por una parte, una viva repugnancia por su pasión le hacía decir: *¡Alejese de Mí este amargo cáliz!* Por otra, una perfecta sumisión á la voluntad de su Padre, le hacía agregar al punto: *No obstante, Padre mío, hágase vuestra voluntad y no la mía!*<sup>1)</sup> En esta ocasión quiso Jesucristo manifestarnos que había realmente tomado sobre Sí las miserias de nuestra humanidad; pero al mismo tiempo nos ha merecido una fuerza que excede á nuestra debilidad; porque, *habiendo sido Él mismo tentado*, dice San Pablo, *puede socorrer á los que son tentados.*<sup>2)</sup> Y ¿cómo es eso? Es que después de haber nuestro Salvador expe-

1) Matth. 26, 39. — 2) Heb. 2, 18.

rimentado las tentaciones, <sup>1)</sup> está más inclinado á compadecernos en nuestros males y á ayudarnos cuando somos probados. Esta explicacion nos es dada por el mismo Apóstol, en este otro pasaje: *Pues no es tal nuestro Pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias: habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades, á excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros en el sér de hombre;* y en consecuencia nos exhorta á recurrir con confianza al trono de la gracia, es decir, al Corazón de Jesús, para recibir los socorros de que tenemos necesidad. Así pues consolémonos, porque hé aquí que hemos encon-

<sup>1)</sup> Hablando de Jesucristo, la palabra tentación no significa esa funesta inclinación al mal, á la cual estamos todos sujetos, como consecuencia de nuestra corrompida naturaleza, sino el temor, el disgusto, la tristeza, los dolores y todas las penas interiores y exteriores que quiso sufrir por nosotros durante su vida mortal. El Salvador pudo ser tentado exteriormente por el demonio, como le sucedió en el desierto, pero jamás interiormente.

trado el verdadero puerto, el lugar de refugio en las tempestades de las tentaciones: el Corazón de Jesús.

Dios permite que aún las almas santas sean probadas por las tentaciones, á fin de que conozcan mejor su debilidad y la necesidad que tienen del socorro divino para no sucumbir. Lo permite también para hacerlas más ricas en méritos, como se le dijo á Tobías: *Y por lo mismo que eras agradable á los ojos de Dios, fue necesario que la tentación ó aflicción te probase.* <sup>1)</sup> Lo permite, por fin, para desprenderlas más y más de la tierra y hacerlas desear más ardientemente el cielo para gozar de su presencia. Viéndose las almas buenas de este modo asaltadas día y noche por tantos enemigos, se fastidian de la vida presente, y gimiendo, exclaman con el Profeta: *¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!* <sup>2)</sup>

No nos turbemos á la vista de estas tentaciones. Si el Corazón de

<sup>1)</sup> Tob. 12, 13. — <sup>2)</sup> Ps. 119, 5.

Jesús está con nosotros, ¿qué pueden todos los esfuerzos del infierno? ¡Ah! éste es un corazón fiel y no permitirá que seamos tentados más allá de nuestras fuerzas; por el contrario, nos hará sacar un gran provecho de la tentación. Tal es la enseñanza del Apóstol. <sup>1)</sup> El que resiste á la tentación no pierde nada y gana mucho. Que siga el consejo de San Agustín; es decir, *que se arroje lleno de confianza en el Corazón de Jesús, y que no tema, porque este Corazón es tan bueno,* <sup>2)</sup> *que no nos dejará sucumbir.* ¿Cómo podremos temer que el Señor nos rehuse su socorro, después de tantas hermosas promesas que Él mismo nos ha hecho? Cuando os estrechen vuestros enemigos, dice, *Invócame, Yo te libraré, y tú me honrarás con tus alabanzas. Invocarás entonces al Señor y te oírá benigno; clamarás, y Él te dirá: Aquí estoy.* <sup>3)</sup> *El Señor está muy*

<sup>1)</sup> Cor. 10, 13. — <sup>2)</sup> Ps. 49, 15. — <sup>3)</sup> Is. 58, 9

*cerca de los que le invocan.* <sup>1)</sup> No nos olvidemos entonces de invocar los santísimos nombres de Jesús y de María, que tienen una virtud particular, sobre todo contra las tentaciones impuras. Desde que los niños divisan el lobo, decía San Francisco de Sales, corren á arrojarle en los brazos de su padre y de su madre, y se ponen así en salvo. Hagamos lo mismo, pongámonos en seguridad en los Corazones de Jesús y de María, invoquemos luego sus santos nombres, sin dar oído á la tentación y sin pensar siquiera en ella.

Si el Corazón agonizante de Jesús es nuestro asilo en las luchas de la vida, lo será sobre todo en la lucha decisiva de la muerte; en esa hora, más que nunca, serán terribles los ataques del infierno, el cual se esforzará tanto más en perdernos, cuanto que nos verá más próximos á nuestro fin. De San Eleazar, cuya vida había sido tan pura, refiere Rai-

<sup>1)</sup> Ps. 114, 18.

naldi que al acercarse su muerte los demonios le dirigieron horribles asaltos, y que dijo entonces: *Las tentaciones del infierno son en este momento muy grandes, pero Jesucristo les quita su fuerza con los méritos de su pasión.* Jesucristo mismo quiso ser turbado en la hora de la muerte; quiso sentir esta pena, para que si experimentáremos alguna confusión en nuestra muerte, no perdamos la confianza, recordando que nuestro Salvador mismo fue entonces conurbado. Si en ese momento supremo el demonio quiere pues asustarnos representándonos las faltas de nuestra juventud, le responderemos con San Bernardo: *Me faltan muchos méritos para ir al paraíso, lo sé; pero lo que me falta, lo tomo de mi tesoro, que es el Corazón de Jesús;* allí se encuentran para mí todos los méritos de Aquel que se dignó sufrir y morir precisamente para conquistarme la gloria eterna, de la cual soy indigno. Cuando San Francisco

de Sales pensaba en el Corazón de Jesús, exclamaba con el alma llena de una confianza sin límites: *Viviré y moriré sobre su pecho, del cual ya no me separaré ni en la vida ni en la muerte.*

#### Práctica.

En todas las penas, desalientos, tentaciones y oscuridades, pondré mi alma con un santo abandono en los Corazones de Jesús y de María, pronunciaré afectuosamente sus dulces nombres y me quedaré tranquilo. Formaré así un hábito de oración, que me será muy provechoso en la hora de la muerte.

#### Afectos y súplicas.

¡Oh Jesús mío! es poco un corazón para amaros, y si yo tuviera para amaros los corazones de todos los hombres, todavía sería poco: ¡qué ingratitud no sería pues dividir mi corazón entre Vos y las criaturas! Nó, Amor mío, nada de división; Vos

queréis y merecéis todo mi corazón; quiero dároslo todo entero. Si no sé dároslo como debo, tomadlo Vos mismo, á fin de que en verdad pueda llamaros *el Dios de mi corazón.*<sup>1)</sup> Os suplico, divino Redentor mío, por los méritos de la vida que quisisteis pasar por mí en las humillaciones y los sufrimientos, me concedáis la verdadera humildad, que me haga amar una vida oscura y despreciada. Haced que acepte con agrado las enfermedades, las afrentas, las persecuciones, las penas interiores y todas las cruces que me vengan de vuestra mano. Haced que os ame, y después disponed de mí como os agrade. ¡Oh Corazón amante de Jesús! abrasadme de amor á Vos, haciéndome conocer el inmenso bien que se encuentra en Vos. Haced que antes de morir sea todo vuestro. Os amo ¡oh Jesús mío, tan digno y tan ávido de mi amor! os amo con todo mi corazón, os amo con toda mi alma.

1) Salmo 72, 26.

ORACIÓN JACULATORIA. — Oh Corazón de Jesús! asistidme en mis últimos combates contra el infierno.

### Ejemplo.

Si las almas santas han recibido del cielo favores extraordinarios, es necesario reconocer que los han comprado bien caro. La vida de Amada Debillot, en religión hermana San Martiniano, prueba este aserto. En 1852 entró en la casa de las hermanas de San Carlos, en Angers, con el fin de cuidar los enfermos en los hospitales. « Soy feliz, decía, pudiendo consagrar mi vida al divino Jesús y dedicándome á obras tan agradables á su amable Corazón. Lo amo en sus miembros dolientes. » Entre tantos enfermos que cuidó, ni uno solo resistió á su celo. Su gran secreto para convertirlos era ofrecer á Dios en su favor sus oraciones, sus trabajos y sus sufrimientos. Durante nueve años consagró los días enteros á los más penosos ejercicios de ca-

ridad; muchas veces á la semana le era necesario asistir á las operaciones más graves, y esto, á pesar de la fuerte repugnancia que por ello sentía. Debiendo curar diariamente llagas horribles, se complacía en pedir para sí los desgraciados enfermos cuya infección se hacía más insoportable á todo el mundo. Viéndola siempre alegre, nadie habría podido sospechar las terribles violencias que le era necesario hacerse continuamente. Decía á su pobre naturaleza: «Sí; rebélate, haz lo que quieras, pero nada te concederé.» Sin embargo, Dios no olvidaba á su sierva. Algunas veces, en medio de sus penas, exclamaba: «Demasiado, Señor; sí, es demasiado, ya no puedo más: disminuïd la abundancia de vuestros consuelos, ó agrandad mi corazón.» Un día le dijo Nuestro Señor: «Los esposos de la tierra ofrecen diamantes á la esposa que han escogido; tú sabes bien que yo te he escogido; pídemelo que quieras y te lo daré.» Ella le respondió que vién-

dolo con los azotes, la corona de espinas, la cruz, los clavos, la hiel, la lanza, los desprecios, las injurias, ella no quería otra cosa; que ésos eran los diamantes que ambicionaba, pero que quería también ver su corazón en el Corazón de su amable Esposo. Para recompensar á su sierva por tanta caridad, el Salvador le dijo: «Desde hace mucho tiempo tú me pides que mi Corazón esté en el tuyo y que el tuyo esté en el mío; para que sea así, es necesario que consentas en vivir de mi vida, la cual se pasó en las tristezas, los disgustos, los abandonos y los sufrimientos y el deseo de glorificar á mi Padre. ¿Quieres vivir así? ¿Quieres ser la compañera inseparable de mis sufrimientos?»

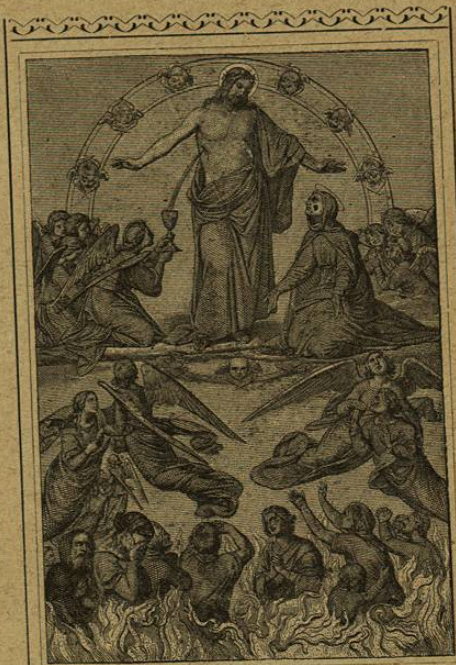
Cuando la cruz se presentaba, repetía: «Dios mío, todo lo que queráis, todo lo que queráis, nada más que lo que Vos queráis.» En su última enfermedad tenía siempre su crucifijo entre sus manos, besando con

amor las cinco llagas, sobre todo la del sagrado Corazón. «¡Mi corazón en su Corazón!» exclamaba enajenada. «Tengo confianza, decía á la madre superiora; he puesto mi corazón en el Corazón de Jesús: Él lo cambiará, y yo seré cambiada en Él.» Su preciosa muerte acaeció en 1863.

### NOVIEMBRE.

*El Corazón afligido de Jesús consolado por el celo de las almas.*

**F**eliz, mil veces feliz el alma compasiva que trata de consolar el Corazón de Jesús agonizando en el Huerto de los Olivos. Y ¿qué debe hacerse para consolarlo? La única causa de su aflicción es la pérdida de las almas, que lo ultrajan en lugar de amarlo; por consiguiente, el único consuelo que pide, es que tratemos de ganarle almas. ¿No fue su pérdida la que le arrancó tantas lágrimas? ¿no dió su sangre por resca-



Sacaréis agua con gozo de las fuentes del Salvador.

tarlas? El que salva pues un alma, enjuga en cierto modo las lágrimas de Jesús é impide que su sangre se haya vertido inútilmente. «Pero, diréis, dejo ese cuidado á los sacerdotes.» ¡Ah! si sois capaz de emplear semejante lenguaje, será ésa una prueba de que no amáis á Nuestro Señor. *Si amáis verdaderamente á Dios, dice San Agustín, haréis cuanto esté á vuestro alcance para obtener que otros lo amen.* Un corazón que ama á Dios no podrá permanecer indiferente á la condenación de tantas almas creadas para alabarle eternamente. San Buenaventura nos dice, *que él habría aceptado tantas muertes como pecadores hay en el mundo*, si con eso hubiera podido salvarlos á todos. Encontrándose San Cayetano en Nápoles, durante la terrible revolución de 1547, y viendo que esos desórdenes causaban la pérdida eterna de tantas pobres almas, se sintió tan profundamente afectado, que murió de dolor. En cuanto á nosotros,

tratemos al menos de ser útiles á los pecadores con nuestras palabras, con nuestros ejemplos, con nuestras obras, y especialmente con nuestras oraciones y con nuestros sufrimientos.

¡Oh! ¡cuán agradables nos haríamos al Corazón de Jesús, si nos retiráramos de vez en cuando á un lugar solitario para llorar y orar con Jesús llorando y orando en el Huerto de los Olivos! Persuadámonos bien que todos los discípulos del Corazón de Jesús deben ser celosos por su honor, como Él lo quería de Santa Teresa: *En adelante, le decía, cuidaréis de mi honor como una verdadera esposa.* Si un discípulo de Jesús no cuida la gloria de Dios ¿quién velará por ella? El Señor ha prometido oír á quien lo ruegue. *En verdad, en verdad os digo que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre os lo concederá.*<sup>1)</sup> Ahora bien: muchos teólogos, apoyados en la doctrina de San Basilio, nos dicen que esta pro-

<sup>1)</sup> Ioan. 16, 23.



mesa es válida, no sólo para la persona que pide, sino también para todos aquellos en favor de quienes se pide, con tal que no pongan un obstáculo positivo al efecto de la oración. Siendo ello así, no dejemos jamás, sea comulgando, sea visitando el Santísimo Sacramento, sea haciendo el piadoso ejercicio de la *Hora Santa*, de encomendar á Dios á los pobres pecadores, á los infieles, á los herejes y á todos los que viven lejos de Dios. ¡Oh! ¡cuánto agrada al Corazón de Jesús que se le pida por los pecadores! Á este propósito decía un día á la venerable Serafina de Capri: *Ayúdame, hija mía, con las oraciones á salvar las almas.* En otra ocasión que hablaba á Santa María Magdalena de Pazzi, le decía también: *¡Oh hija mía! mira cuántas almas están en manos del demonio; si mis elegidos no las libran con sus oraciones, todas ellas vendrían á ser su presa.* De ahí provenien esas graves palabras de la Santa á sus reli-

giosas: *Hermanas mías, tendremos que dar cuenta á Dios de todas las almas que se pierden; si hubiéramos dirigido fervientes oraciones en su favor, talvez no se habrían condenado.* Léese también en la Vida de esta Santa que no dejaba pasar ninguna hora del día sin orar por los pecadores. Otra gran sierva de Dios, la hermana Estefanía de Soncino, hizo rudas penitencias durante cuarenta años, y todas las aplicaba por la salvación de los pecadores. ¡Cuántas almas deben su conversión, no tanto á los sermones de los predicadores, cuanto á las oraciones de las almas fervorosas! Á un misionero le fue revelado que el fruto que alcanzaba, no era debido á su elocuencia, sino á las oraciones de un hermano que le servía. ¡Ah! oremos, oremos por las almas que se pierden, y oremos también por los sacerdotes que Dios llama á trabajar por la conversión de los pecadores. ¡Qué consuelo, qué motivo de confianza, sobre todo en el lecho de la

muerte, el pensar que hemos ganado almas para Jesucristo, con nuestras oraciones, ejemplos, conversaciones, sufrimientos ó de cualquiera otra manera! *Ganar almas para Dios es, según San Gregorio, el medio más fácil de espiar los propios pecados;* según San Agustín, *es asegurar la predestinación.* Si se merece una gran recompensa por librar un hombre de la muerte temporal, ¿qué no se merecerá por librar un alma de la muerte eterna, conquistándole una vida que jamás tendrá fin? ¡Ah! ¿cómo podría dejar el Corazón de Jesús de ser reconocido con el que haya preservado del infierno un alma rescatada al precio de tan grandes sacrificios?

#### Práctica.

Quiero salvar almas á toda costa, para eso no necesito dejar mi patria, ni mi familia, ni mi estado. Puedo ser apóstol de mi patria, mediante *la obra de San Francisco de Sales;* apóstol de las regiones de los in-

fieles, *por medio de la propagación de la fe y de la Santa Infancia;* apóstol de la ciudad ó del lugar en que resido, por mis buenos ejemplos; apóstol del mundo entero, por *el apostolado de la oración,* etc. etc. Pero sobre todo, debo ser apóstol de mi familia, proporcionando á mis hijos, si Dios me los ha dado, una educación esencialmente católica, alejando de ellos toda lectura sospechosa, ejerciendo la más activa vigilancia para alejar todo lo que pueda ser para ellos ocasión de pecado.

¿No es verdad que si realmente lo quiero, haré de mi casa un verdadero santuario dedicado al Sagrado Corazón? Para eso me bastará establecer en él el rezo diario del rosario y hacer en familia las oraciones de la noche, como también una corta lectura espiritual, etc.

#### Afectos y súplicas.

¡Oh Corazón amabilísimo de mi divino Salvador, Corazón lleno de

amor á los hombres, Corazón único digno de reinar en todos los corazones! ¡cuánto diera yo por hacer conocer á todos los hombres el amor que les tenéis y los favores de que colmáis á las almas que os aman sin reserva! ¡Oh Corazón amantísimo, cuán desgraciado es el corazón que no os ama! Señor, Vos que habéis muerto por amor á los hombres, en la cruz, sin ningún alivio, ¿cómo, después de eso, esos mismos hombres pueden vivir sin pensar en Vos? ¡Oh amor de Dios!... ¡Oh ingratitude de los hombres!... ¡Oh Jesús mío! ¡cuán pocos os aman! Insensato soy, habiendo vivido tantos años sin pensar en Vos, acumulando faltas sobre faltas. Amadísimo Redentor mío, lo que me hace gemir, no es tanto el haber merecido vuestra cólera cuanto el haber despreciado vuestro amor. ¡Oh dolores de Jesús! ¡oh ignominias de Jesús! ¡oh llagas de Jesús! ¡oh muerte de Jesús! imprimíos en mi corazón; que vuestro dulce

recuerdo viva ahí sin cesar, que me hiera continuamente y me inflame de amor. Os amo, Jesús mío; os amo, mi soberano bien; os amo, mi amor, mi todo; os amo sin reserva, y quiero amaros siempre. ¡Ah! no permitáis que yo tenga la desgracia de dejaros y de perderos. Haced que sea todo vuestro, concededme esta gracia por los méritos de vuestra muerte: en ella pongo toda mi confianza. En Vos igualmente confío ¡oh María, augusta Reina mía! Haced que ame á Jesucristo, y sed también mi amor, vos, que sois mi Madre y mi esperanza.

ORACIÓN JACULATORIA. — Corazón de Jesús lleno de clemencia, haced que todos los pecadores se conviertan y os amen.

#### **Ejemplo.**

Santa Lutgarda, nacida en Tongres en 1182, ha sido una de las más ardientes adoradoras del Sagrado Corazón de Jesús. Su nobleza y sus

calidades le merecieron ser solicitada en matrimonio por muchos señores del país. Un día que conversaba con uno de ellos, vio de repente á Nuestro Señor que le mostraba su Corazón y la herida sangrienta de su costado: «¡Oh Lutgarda! le dijo, contempla aquí lo que debes amar. Deja las criaturas y en mi Corazón encontrarás las inefables delicias del amor divino.» Habiendo vuelto el pretendiente, le dijo Lutgarda, á imitación de Santa Inés: «Todo ha concluido, estoy decidida á desposarme con otro: pertenezco á un esposo divino.» De edad de dieziocho años entró en el convento de las Benedictinas, cerca de la ciudad de Saint-Trond. Desde ese momento, su vida fue una serie de favores de parte del Corazón de Jesús. Un día que se humillaba ante el Señor, Él le dijo: «¿Qué quieres?» — «Oh Señor, respondió ella, lo que quiero es vuestro Corazón.» — ¡Y Yo, dijo el Señor, lo que quiero, es tu corazón! — «¡Oh! dijo Lut-

garda, tomad mi corazón, purificadle con el fuego de vuestro amor, colocadle en el vuestro, y que en adelante sólo lo posea yo en Vos y por Vos.» Un día que se había quedado en cama á consecuencia de una indisposición, le dijo el Señor: «Piensa en los pecadores que tienen necesidad de tus oraciones. Levántate, y anda á la Iglesia.» Obedeció, y hé ahí que en el momento en que quiso entrar en el lugar santo, Jesucristo, clavado en la cruz, desprendió su mano derecha y la colocó tiernamente sobre su corazón. Este Corazón sagrado fue desde entonces el objeto especial de su devoción, y por esto fue llamada *Lutgarda del Sagrado Corazón*. Recibió también el gran dón de consolar á las almas afligidas. Una joven sufría horriblemente de ciertas tentaciones, que no se atrevía á descubrir á nadie, ni aún á su confesor; en este estado fue á encomendarse á las oraciones de Lutgarda. «¿De qué sufris?» le dijo la santa. — «¡Oh!

jamás me atreveré á decirlo á nadie.» — «Pues bien: lo que tenéis vergüenza de decir, me lo ha revelado el Señor.» Grande fue la admiración de la pobre afligida, á quien hizo una exposición detallada de todo lo que la atormentaba, y concluyó por exhortarla á hacer una buena confesión y á conducirse santamente. La niña se fue muy consolada y decidida á usar en adelante del sacramento de la penitencia, según los designios misericordiosos del Corazón de Jesús. Para expiar los desórdenes de los mundanos de su tiempo, emprendió Lutgarda un ayuno de siete años. Un día le dijo el Señor: «Quiero que con tus sufrimientos y tus oraciones apacigües la cólera de mi Padre, á fin de que no hiera de muerte eterna á los pecadores.» En otra ocasión se le apareció el Señor con sus sagradas llagas, ofreciéndolas á su Padre por los pecadores; y volviéndose hacia Lutgarda, le dijo: «¿Ves cómo me ofrezco enteramente

al Padre por los pecadores? Así quiero que tú también te ofrezcas *por mis pecadores*, y que desvíes de ellos los dardos de mi justicia.» Imitemos á Lutgarda dando á Jesucristo nuestro corazón, ofreciendo sin cesar al eterno Padre los méritos de la pasión del Salvador por la conversión de los pecadores.

—♦♦♦—

## DICIEMBRE.

*El Corazón de Jesús afligido por la Previsión de los dolores de su madre.*

Jesucristo no sufrió solo por nuestro amor; tuvo una compañera inseparable en María Santísima, su dulcísima Madre y también nuestra. María nos ama inmensamente, y del mismo modo desea nuestra salvación; pero ni este amor ni este deseo disminuían en nada la amargura del sacrificio voluntario que hacía del más amable de los hijos. Notemos,

El último suspiro de Jesús no fue el término de los dolores de su Madre, porque, mientras ella lloraba la muerte de su Hijo, vio acercarse á Él los soldados armados. Á esta vista tembló de espanto y exclamó: *¡Ah! mi hijo ha muerto, guardaos de insultarlo más, y evitadme ese nuevo tormento, á mí, su pobre madre!* Así les suplicaba ella, dice San Buenaventura. Pero hablándoles, vio ¡oh cielos! *á un soldado que hundía violentamente su lanza en el santo costado de Jesús.* Esta lanzada hizo temblar la cruz y *partió el Corazón de nuestro Señor en dos partes,* como fue revelado á Santa Brígida, *saliendo sangre y agua;*<sup>1)</sup> ese poco de sangre era todo lo que quedaba en el cuerpo del Salvador y quiso demostrarla para demostrarnos que no tenía ni una sola gota más que dar por nosotros. La herida de esa lanza fue hecha á Jesús, pero fue María quién sintió el dolor. Los Santos

<sup>1)</sup> Joan 19, 34.

Padres piensan que ésta fue propiamente la espada, no de hierro sino de dolor, predicha por Simeón á la divina Madre, *que traspasó su bendita alma en el Corazón de Jesús, del cual no podía ser arrancada;* así lo explica, entre otros autores, San Bernardo. Este sentir concuerda con el que la misma bienaventurada Virgen reveló á Santa Brígida: *Cuando fue retirada la lanza, apareció roja de sangre, y viendo traspasado el Corazón de mi amadísimo Hijo, me pareció que mi corazón era el traspasado.* Sólo por milagro pudo sobrevivir María á tantas penas. ¡Ay! antes tenía al menos un Hijo que se compadecía de sus dolores, y en adelante ya no lo tendrá.

Temiendo otros insultos para este Hijo amadísimo, la afligida Madre rogó á José de Arimatea que pidiera á Pilato el cuerpo de Jesús; por compasión á ella, este juez consintió en devolverle el cuerpo del Salvador. Los dos discípulos lo descendieron

pues de la cruz. — Bernardino de Bustis considera cómo la pobre Madre, levantándose sobre la punta de sus pies, y tendiendo los brazos, va á recibir á su querido Hijo, lo abraza, y después se sienta al pie de la cruz. Ve su boca abierta, sus ojos apagados; recorre con la vista sus carnes desgarradas y sus huesos descubiertos; le quita la corona de espinas y examina el estrago hecho por las puntas en esta sagrada cabeza; mira esas manos, esos pies y ese costado traspasados, y exclama:

¡Ah Hijo mío! ¡á qué estado os ha reducido vuestro amor á los hombres! ¿Qué mal les habéis hecho para que os hayan maltratado de tal suerte? ¡Oh crueles espinas! ¡oh clavos! ¡oh lanza inhumana! ¿cómo habéis podido atormentar así á vuestro Creador? Pero ¿qué digo espinas, clavos y lanza? ¡Ah pecadores, pecadores! sois vosotros, son vuestros

pecados quienes han maltratado así á mi Hijo.

### Práctica.

Tomaré á María por modelo en mi devoción al Corazón agonizante de Jesús. Ella fue la primera en hacer la Hora Santa, y ¡con qué dolores!... Entonces fue cuando llegó á ser la Madre de la Iglesia y de cada fiel; entonces fue cuando su Hijo le dio un poder sobrenatural para socorrernos *en todo, por todo y siempre*. Debemos pues serle extremadamente agradables, cuando le damos el nombre tan dulce de Madre, y el título tan glorioso de Perpetuo Socorro, y enseñada, cuando, mostrándole una confianza sin límites, le rogamos no sólo por nuestras necesidades sino también por las de toda la Iglesia.

Le dirigiré pues á menudo esta hermosa oración:

¡Oh Santísima Virgen María, á quien nos complacemos en llamar *Nuestra Madre del Perpetuo Socorro!* mos-

tradnos que merecéis este hermoso título, cubriendo con el manto de vuestra maternal protección á la Santa Iglesia y á su augusto Jefe. Por los méritos infinitos del Corazón de Jesús, que por vuestras manos ofrecemos al Padre eterno, alcanzad á los pecadores la gracia de una sincera conversión; á los agonizantes, la de una santa muerte; á las almas de nuestros parientes difuntos, la de ser libradas de las llamas del purgatorio, y á todos nosotros la de un perdón general y de una abundante misericordia. Así sea.

#### Afectos y súplicas.

Virgen santa, la más elevada y la más sublime de todas las criaturas, desde este lugar de destierro, os saludo, yo miserable, rebelde á mi Dios, digno de castigos más bien que de gracia, de severidad más bien que de misericordia. Si hablo así ¡oh Reina mía! no es por desconfianza de vuestra bondad. Sé que os glo-

riáis de ser tan benéfica como elavada en dignidad; sé que si os regocijáis de vuestras riquezas, es porque os es dado comunicarlas á miserables como á nosotros. Sé que mientras más culpables son los que os imploran, más os empeñáis en protegerlos y salvarlos. ¡Oh Madre mía! ofreced á Dios, os lo suplico, aquellas preciosas lágrimas que en otro tiempo derramasteis por mí en la muerte de vuestro Hijo, y por sus méritos obtenedme un verdadero dolor de mis pecados. Lo mismo que entonces os afligieron los pecadores, mis iniquidades os afligen en este momento. ¡Oh María! haced que en adelante me guarde de afligiros de nuevo con mi ingratitud. ¿De qué servirían las lágrimas que habéis vertido por mí, si persistiera en pecar? ¿De qué me serviría vuestra misericordia, si reiterando mis infidelidades, me condenara? ¡Oh nó, Reina mía! no lo permitáis. Vos que obtenéis de Dios cuanto queréis y que escucháis á



todos los que os ruegan, hé aquí las dos gracias que os pido y espero, y que aún exijo de Vos: ser fiel al Corazón de Jesús, no ofendiéndole más, y amarle el resto de mi vida tanto como lo he ofendido.

ORACIÓN JACULATORIA. — Jesús y María, encomiendo mi alma á vuestros Corazones llenos de amor á mí.

#### Ejemplo.

La venerable Madre de la Encarnación, religiosa ursulina, llamada con razón la nueva Teresa, atravesó los mares en 1640, para ir á trabajar en el Canadá en la conversión y en la instrucción de las niñas salvajes. Dotada de un notable celo apostólico, no cesó toda su vida de orar por la salvación de las almas. Una noche que rogaba encarecidamente al eterno Padre que extendiera el reino de su divino Hijo, conoció por medio de una luz interior, que la divina Majestad no la escuchaba como de ordinario. Esto la afigió grandemente,

puesto que ella hubiera deseado sufrir todas las penas imaginables por la conversión de los pecadores. Pues bien: mientras se humillaba á los pies de su Dios, oyó una voz que le dijo: *Dirígeme tus súplicas por medio del Corazón de Jesús, mi amabilísimo Hijo: por Él te escucharé y te concederé tus peticiones.* Desde ese momento no dejó pasar ningún instante de su vida sin honrar al Corazón de Jesús, y sin ofrecérselo al Padre eterno por la salvación de las almas. Permítasenos citar algunos fragmentos de la hermosa oración de que ella se servía con este objeto.

«Por el Corazón de mi Jesús me acerco á Vos ¡oh Padre eterno! Por este divino Corazón os adoro por todos los que no os adoran; os amo por todos los que no os aman, os reconozco por todos los ciegos voluntarios que por desprecio no os conocen. Quiero por medio de este divino Corazón, satisfacer los deberes de todos los mortales. En espíritu doy

la vuelta al mundo para buscar todas las almas rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo. Os las presento con este divino Corazón, y por él os pido su conversión. ¡Ah! haced que ellas vivan por este Corazón divino. Os pido en nombre de Jesús que las llenéis de vuestro espíritu, y que estén eternamente unidas á Vos por los méritos del Sagrado Corazón; y á Vos ¡oh mi Jesús! ¿qué os devolveré por el exceso de vuestra caridad para conmigo? Quiero, por medio de vuestra divina Madre, rendiros mis acciones de gracias: os presento su Santísimo Corazón, como también presento el vuestro á vuestro Padre; os amo por ese Corazón que tanto habéis amado; os lo ofrezco por agradeceros todos vuestros beneficios; os lo ofrezco, por fin para que os dignéis concederme la gracia de la perseverancia final en vuestro santo amor.» (De *La devoción al Sagrado Corazón*, por el P. Galifet.)



## INDICE.

	Págs.
Licencia del Ordinario. — Indulgencias . . . . .	4
Advertencia . . . . .	5
<b>Introducción:</b>	
I. Origen de la Hora Santa . . . . .	9
II. Manera fácil de hacer la Hora Santa . . . . .	11
<b>Oraciones que pueden servir para principiarla:</b>	
I. Oración al Corazón de Jesús, por el mérito particular de cada una de las penas que sufrió en la Pasión . . . . .	16
II. Sentimientos de confianza . . . . .	21
III. Sentimientos de contrición . . . . .	25
IV. Sentimientos de buen propósito . . . . .	27
V. Sentimientos de amor . . . . .	30
VI. Sentimientos de conformidad con la voluntad de Dios . . . . .	33
<b>Ejercicio de la Hora Santa para cada uno de los meses del año:</b>	
<i>Enero.</i> Excelencia de la Hora Santa . . . . .	35
<i>Febrero.</i> El Corazón afligido de Jesús, víctima voluntaria . . . . .	48